

El suspiro de una rosa

José Miramón López

¡Nada se consigue sin pagar un precio! Y si bien la muerte es justa porque iguala a los hombres, el precio que se paga por vivir no es el mismo para todos. Conozco a una mujer que pagó un alto precio por ello, porque es más caro y hay mucha diferencia entre luchar por no morir y luchar por vivir. Aún recuerdo con detalle la primera vez que la vi. Fue en mi consulta en una tarde de marzo de hace trece años. Entró sola y cabizbaja en mi despacho al que había acudido por iniciativa propia

solicitando ayuda. La luz tenue que el flexo expandía sobre la mesa favoreciendo un ambiente cálido e íntimo no me permitió ver los rasgos de su cara hasta que se sentó. Antes sólo pude ver la silueta atractiva de una joven mujer caminar despacio y con desconfianza hacia el asiento que yo le ofrecí. Por primera vez vi sus ojos. Eran verdes y rasgados acompañados de unas pobladas cejas que añadían naturalidad a su rostro. Sus labios rojos y carnosos le hacían enormemente atractiva. Su piel lisa y clara, sin nada de maquillaje, transmitía frescura y vitalidad. Su pelo castaño y ondulado conformaba una melena suelta e informal. Le costó arrancar a hablar. También mantener su mirada frente a la mía. Tuve que esforzarme para conseguirlo, empleando las palabras adecuadas para romper ese muro que siempre se interpone entre una persona y otra cuando se ven por primera vez, que es aún mayor, cuando se trata de un médico y de una paciente asustada. Tras una pequeña pausa de silencio por mi parte, que no era sino la cesión de la palabra hacia ella, por primera me sentí enfocado por sus pupilas y pude oír su voz. Tartamudeaba y tenía una tonalidad muy personal, mostraba una ligera disfonía que la

hacía exclusiva. Su mirada, cuando se atrevió a mostrarla, reflejaba una fuerza y una seguridad que me sorprendieron. Supuse que tendría veintitantos años. Se mantuvo rígida e inmóvil en el asiento y sus manos permanecieron siempre unidas entrelazando sus dedos por delante de su vientre, como si quisiera proteger sus entrañas femeninas. Conforme hablaba, su voz adquiría más nitidez y su lenguaje se volvía más rápido. Contestó a las preguntas hipocráticas, aquellas con las cuales un médico comienza una historia clínica, con una soltura que demostraba cierta riqueza intelectual, pero a su vez, un gran conocimiento de si misma. Describió los síntomas de su enfermedad con gran precisión y tuve la sensación en aquel instante de que ella ya auguraba un mal presagio para sí. La escuché atentamente y sus palabras me hicieron pensar que su cuerpo padecía una enfermedad severa. Poco después, en la exploración, descubrí la presencia de una tumoración dura en el cuello que confirmó mi sospecha. Aquella joven padecía un cáncer linfático que amenazaba su vida.

Tras una tensa espera de tan solo unos minutos, aquellos que a ella le permitieron vestirse y a mí pensar cómo transmitirle la noticia, regresó y se sentó en el mismo asiento. En esta ocasión su mirada había cambiado. Era a la vez angustiada e inquisitiva. Sus ojos estaban en alerta y reflejaban miedo. No dejaba de frotar las manos sobre sus muslos como queriendo secar el sudor que el nerviosismo le producía. Yo también estaba nervioso, pues a pesar de que en mi vida profesional me he visto obligado a dar malas noticias en muchas ocasiones, uno jamás se acostumbra a ello. Siempre cuesta hacerlo y en aquella ocasión tuve que hacer un sobreesfuerzo para demostrar naturalidad y confianza en mis gestos y mis palabras. Lamenté que no viniera acompañada pues así hubiera sido más fácil. Me preocupaba que viajara sola de vuelta a su casa situada a más de una hora de camino sin saber como iba a aceptar la noticia, pero la necesidad me obligaba a ello. Creo que en aquel momento, cuando le expuse la dura realidad de la forma que yo consideré más tolerable, nació un compromiso mutuo de persona a persona que se ha visto consolidado por el tiempo. Le indiqué que era necesario

confirmar mi sospecha y para ello tendría que ingresar en el hospital donde se le practicarían una biopsia y otras pruebas para establecer el diagnóstico definitivo. Le costó asimilar la noticia y hubo un momento en que el único diálogo fue el silencio. Ese instante, tan sólo de unos segundos, fue quizá el periodo de tiempo más trascendental vivido hasta entonces por aquella joven mujer. Se acababa de producir en su interior un cataclismo emocional cuya intensidad sólo la puede medir el alma de quien la padece. A partir de ese momento su cuerpo y su alma comenzarían un viaje con rumbo desconocido. Sus labios, que se habían secado rápidamente, como si hubieran entrado en el desierto de la incertidumbre, fueron incapaces de preguntar, pero sus ojos estaban húmedos y me miraban fijamente atiborrándome a preguntas que no pude contestar. Me despedí hasta el día siguiente con un apretón de manos que en nada se pareció al de la llegada. Fue más fuerte y cálido por ambas partes.

Permaneció durante dos semanas ingresada en una cama de hospital, en las que coincidió con compañeras de habitación con edades y enfermedades diferentes. Durante ese tiempo el contacto

médico-paciente favoreció el acercamiento humano. Es imposible en esta profesión desligar lo uno de lo otro y se llega a intimar mucho más de lo que en un principio se piensa. Fue entonces cuando comencé a conocer algo de su vida. Era de condición humilde, hija de un agricultor. Su madre falleció cuando ella era niña a consecuencia de un cáncer de mama y vivía con su padre enfermo. Tenía dos hermanas casadas y con hijos pequeños a quien las obligaciones familiares no le permitían acompañarle. Era estudiante del último curso de Psicología y había realizado todos sus estudios gracias a una beca que mantenía desde su adolescencia. Me sorprendía verla estudiar durante esas horas tediosas de hospital, pero ella tenía pleno dominio del presente y el tiempo era su mayor fortuna. Mi admiración crecía por días viendo cómo preparaba exámenes con aparente calma y cómo asimilaba las noticias sobre su enfermedad, mostrando una entereza y una solidez que me permitieron ver por primera vez las columnas dóricas del templo de su alma. Algunas tardes recibía la visita de alguna de sus hermanas y también de su novio, un joven algo mayor que ella, albañil de profesión y con quien mantenía

una relación desde hacía años. Me reconfortó saberlo, pues hasta entonces, me había parecido una joven muy solitaria y, a pesar de su aparente fortaleza, deseaba que estuviese acompañada cuando llegara el momento de la confirmación definitiva del diagnóstico. Yo intuía que ella albergaba alguna esperanza, aquella que siempre mantiene latiendo el corazón del afligido, de que el resultado fuera diferente al que yo había sospechado, pero por desgracia, se confirmó la enfermedad como un Linfoma de Hodgkin.

Al final de la mañana de ese aciago día me acerqué a la habitación y me senté cerca de ella. Su intuición, o la rápida lectura que hizo de mis gestos, me allanaron el camino. Procuré hablarle con serenidad y le expliqué con detalle que el tratamiento consistiría en sesiones bisemanales de quimioterapia durante ocho meses, seguido de radioterapia durante dos meses. En ellas iba a perder el cabello y tal vez las reglas menstruales y existía el riesgo de que aparecieran efectos adversos no deseables de diferentes grados de gravedad. A pesar de su mentalización anterior, le costó asimilar el diagnóstico. Era como si su una nube

de esperanza se hubiera interpuesto entre sus ojos y la realidad y ahora, de pronto, desaparecía quedando deslumbrada nuevamente por la misma. Estuvo inquieta mientras le explicaba los riesgos del tratamiento, pero tras una elocuente pausa de silencio abrió su boca para decir: ¿Cuándo comenzamos?

La primera sesión la toleró con dificultad y por ello me sorprendió verla estudiar preparando un próximo examen, al mismo tiempo que por sus venas penetraba un líquido de color ámbar que poco después removería todo su cuerpo. Durante varios días después de recibir el tratamiento se encontró cansada, irritable, inapetente, con náusea y algún vómito. Al levantarse una mañana observó gran cantidad de su cabello esparcido sobre la almohada. Se alarmó, a pesar de que estaba aleccionada de que ello ocurriría, y acudió rápidamente a mirarse al espejo donde no se reconoció a sí misma. De su hermosa melena se habían desprendido grandes mechones de cabellos dejando áreas de alopecias que le daban un aspecto horrible. En ese instante, asoció la pérdida de su belleza con la pérdida de su salud. En el espejo vio por primera vez la cara de su enfermedad y sintió miedo,

mucho miedo. Percibió la fealdad en su cuerpo, pero aún le produjo más estupor, advertir la presencia de su alma degradada manifestándose a través de su piel. Le temblaba todo el cuerpo y se agarró fuertemente al lavabo, pues comenzó a marearse. Se dejó caer lentamente al suelo con los ojos empapados de lágrimas. Se tumbó encogida como un feto, tal vez deseando buscar la seguridad que un día le proporcionó el útero materno. Recordó a su madre. ¡Cuánto la necesitaba! Nadie podía reconfortarle más que ella. Hizo el gesto de abrir sus brazos buscando abrazarla, pero abrazó al aire. Su ausencia le causaba tanta aflicción como la enfermedad. Pensó cuánto habría sufrido ella al sentirse morir viva dejando a tres hijos y a un marido. Odió al destino. Escupió su cólera contra Dios en quién no creía y se sorprendió a sí misma por un ataque de rabia incontrolada. Entre sollozos, golpeó repetidamente el suelo con la palma de su mano hasta hacerse daño. Tiritaba por los escalofríos que recorrían su cuerpo. No podía contener la ira y se preguntaba en voz alta: ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? Lloró desconsoladamente y no trató de contener sus náuseas, sino todo lo contrario, se arrodilló y

apoyando sus manos sobre la taza del váter, emitió un vómito en escopetazo que se llevó consigo toda la ira disuelta en jugo gástrico ácido y maloliente. Se tumbó hacia atrás y recostada sobre el suelo permaneció un tiempo indeterminado hasta que la frialdad invadió su cuerpo. Tuvo necesidad de rasurar su decrepito cabello y no dudo en hacerlo con la cuchilla de afeitar de su padre. Su cabeza rapada le hizo sentirse más segura, como si hubiera soltado lastre para seguir navegando en las aguas revueltas de su vida. Se sentía sucia. El pijama que llevaba puesto era nuevo, lo había comprado el día antes del ingreso en el hospital, pero no olía a ella. Su sudor era extraño y repugnante. Tomó una ducha con agua caliente y frotó su cuerpo con ansia. Descubrió que gran parte de su monte de Venus había desaparecido y por primera vez temió por su sexualidad y su fertilidad. No quiso pensar más y utilizó el agua caliente a presión como un azote contra si misma hasta quedar exhausta. Desnuda se metió en la cama y no quiso saber nada de nada, ni nada de nadie. Consiguió dormir durante horas con un sueño que le llevó hasta su más dulce infancia.

La mañana siguiente, al mirarse al espejo, se sorprendió de nuevo al verse rapada, era como si se le hubiera olvidado, pero su sorpresa fue mayor al observar que el bulto de su cuello había disminuido considerablemente. Por primera vez dio por buena la transfiguración de su imagen pues, era parte del pago necesario para sobrevivir. Notó brotar la esperanza en su alma, de la misma manera que la temprana flor del almendro se adelanta a la primavera. Buscó un pañuelo rojo y probó hasta encontrar la forma más complaciente de cubrir su cabeza. Untó colorete en sus pálidas mejillas y remarcó con el lápiz de sombra sus cejas que habían comenzado a despoblarse. Por último, pintó sus labios. Le parecieron más hermosos que nunca. Se contempló y se sintió bella aunque diferente. Su belleza era menos fresca y natural, pero más juiciosa y elaborada. Abrió la ventana y respiró profundamente. Todos sus sentidos estaban hambrientos y quería satisfacerlos como nunca. En ese momento pensó en su médico y dudó de él. ¿Le habría mentido? ¿Le habría dicho que el objetivo era la curación de la enfermedad nada más que para animarla? ¡No podía ser! ¡Sus ojos no mentían! Había visto en ellos

probidad. Tenía ganas de verle. Tenía ganas de escucharle de su propia boca que la encontraba mejor.

Pasaron ocho duros meses de quimioterapia seguidos de dos más de radioterapia administrada en la capital para los que tuvo que recorrer más de diez mil kilómetros y la enfermedad desapareció. La satisfacción fue doble, pues durante ese tiempo también había terminado su carrera. Se sentía feliz, más fuerte y segura de sí misma que nunca. Su cabello creció como un cepillo y después lo hizo más rizado, con una tonalidad más rojiza. Sus cejas se poblaron de nuevo y su monte de Venus floreció convirtiéndose en un auténtico vergel y de nuevo, comenzó a experimentar en sus entrañas el murmullo de su sexualidad. Encontró trabajos esporádicos, aunque nunca de psicóloga, pero se sintió útil. Percibía el calor cercano de su familia y de su novio. Trataba de devolver con creces a cada uno lo que había recibido de ellos. En el fondo, uno siempre se siente sólo ante su propia muerte, pero no ante su propia vida. Vivía sin prisa. Había aprendido una nueva forma de lectura y leía de forma diferente todo lo que le rodeaba. Jamás había obtenido tanta satisfacción de

la naturaleza. Las cosas simples en las que antes apenas reparaba ahora eran motivo de su contemplación y complacencia. Se sentía rica, muy rica, por poder disfrutarlas. Pasaba revisiones periódicas y se encontraba bien, lo que nos satisfacía enormemente a ambos. Sin embargo, un año después, un scanner evidenció la recaída y un nuevo cataclismo zarandó su interior. En realidad, jamás había estado tranquila y el pánico siempre se apoderaba de ella cuando venía a las revisiones. Temía padecer de nuevo, cuando realmente ya padecía lo que temía. Me costó aún más que la primera vez comunicarle la noticia. Aquella recaída temprana demostraba resistencia de la enfermedad al tratamiento. Necesitaría una quimioterapia de altas dosis y un trasplante de células progenitoras de la médula ósea, un tratamiento de alto riesgo, con mucho más efectos indeseables que el anterior. Aunque insistía en quedarse, utilicé todos mis recursos para conseguir que la trataran en otro centro mejor dotado para ello. Me costó, como siempre me cuesta, desprenderme de una paciente con la que ya había sellado una relación de afecto, que como un fino y suave papel de celofán transparente envolvía a la

profesional. Nunca me pesó la responsabilidad a la hora de tomar decisiones sobre su enfermedad, pero en aquel momento me inquietaba mucho la incertidumbre sobre su futuro. La puse en buenas manos, las mejores tal vez, las de un admirado amigo con quien siempre estuve en contacto. Al principio, le costó luchar más contra su miedo que contra el cáncer, pero consiguió superarlo gracias a esa inyección de vida que es la esperanza. Temía porque tenía que arriesgar y arriesgaba porque temía. En sus noches se le repetía un sueño. Se veía de niña corriendo por un campo primaveral donde la luz del día se iba cerrando tras ella por una oscuridad absoluta. Corría y corría para poder seguir viéndose a sí misma hasta llegar a un precipicio. La despertaba el desatiento que le producía el salto al vacío. Aquellos meses lejos de su casa, en aquél despersonalizado hospital donde siempre se sintió algo extraña, fueron los más amargos y duros de su vida. Había pasado de un hospital pequeño, cercano a su casa, en el que conocía a las enfermeras, a las auxiliares, a los celadores y a su médico y en donde a ella se la conocía por su nombre, a otro hospital, grande, lejano de su casa, en el que nadie la conocía y

donde ella no conocía a nadie. Al principio, vivió con la sensación de ser un número, el que figuraba en su historia clínica, y a pesar de que el médico que la recibió le atendió con exquisita corrección, no siempre la atendía él y con mucha frecuencia lo hacían otros médicos nuevos, jóvenes en formación, que abrían, leían y releían su historia creándole una inseguridad que le angustiaba profundamente. Le costaba intimar con el personal de aquel hospital. Le pareció todo más deshumanizado aunque, con el tiempo y la necesidad, también se ganó el afecto y la amistad de algunas personas. No en vano estuvo ingresada en muchas ocasiones, a veces, en períodos prolongados de hasta más de un mes. La enfermedad fue aún más rebelde de lo previsto y requirió quimioterapia de altas dosis y un doble trasplante de células progenitoras de médula ósea. Hubo momentos en que su vida corrió un peligro mayor del previsto. Sufrió caídas y recaídas del cabello, vómitos, diarreas, llagas, hemorragias, neutropenias, infecciones, transfusiones...de todo lo previsible e imprevisible y, sin embargo, su fortaleza fue capaz de doblegar la resistencia que ferozmente le opuso la enfermedad, que cayó derrotada por

segunda vez en una batalla mucho más encarnizada y cruel que la anterior, donde la fe, la voluntad, y la esperanza fueron sus mejores armas. Han pasado años y aún perduran en ella las secuelas en forma de cicatrices en su cuerpo y en su alma. Ni uno, ni otra, consiguen olvidar el pasado. Después de tanto sufrimiento anhelaba la felicidad y supo que habría que buscarla con la imaginación. La necesitaba para edulcorar su vida que se había visto azotada por una tormenta de sufrimiento. Necesitaba la dicha para olvidar la desdicha. Controló sus emociones con inteligencia. Se acostumbró a vivir superando el miedo, pues llegó a descubrir que a quien verdaderamente hay que tener miedo es al propio miedo. Reestructuró su vida con una gran solidez que le permitiría aceptar con temple todo lo que ésta nos depara día a día. Su lucha por vivir, una vez experimentada en sus carnes la lucha por no morir, era cosa fácil. Aprendió a distinguir aquello por lo que merece la pena reír o llorar. Comenzaba una nueva vida cada mañana. Había llegado a comprender que el vivir es como nacer cada instante. Murió su padre con el que compartía techo y al que había cuidado ejemplarmente en su última etapa.

La muerte de una madre joven marca el destino de una familia y su orfandad materna le obligó a hacer nudos diferentes con sus lazos familiares, de tal manera que volcó su corazón hacia su padre, que recibió de ella más apoyo y amor del que es capaz de dar una adolescente. Tuvo necesidad de sustituir a su madre en la vida cotidiana y él siempre la reconoció en ella. Aunque no temía a la soledad, no la deseaba, pues su espíritu se poblaba de fantasmas y con el tiempo se unió en pareja al joven que se mantuvo siempre cerca de ella, especialmente en aquellos momentos en que ella no parecía ser ella misma, sino otra persona transfigurada por la enfermedad. Era un joven sencillo, que vivió en silencio sus propios miedos y amortiguó la angustia, la ira y a veces hasta el rechazo que ella desprendía, pero su corazón permaneció inalterable y siempre hizo la misma apuesta. Con su estima jamás permitió que ella perdiera su autoestima y fue capaz de aportar calor, calor humano, cuando la gélida enfermedad la invadía.

Como cualquier mujer, anhelaba tener algún día su propia familia y alcanzó la estabilidad y la serenidad necesarias para

edificar un hogar en el que encontró la felicidad, pero en el que tras un tiempo de convivencia comenzó a echar en falta un hijo. Ella había pagado un alto precio por vivir y si bien recuperó la salud y el cabello, anheló tener una vida en su vientre. Aunque tal vez ello no fuera fácil. Su marido lo sabía y lo aceptó, como tantas otras cosas. Sin embargo, ella advertía con impotencia y amargura las silenciosas miradas de él hacía los niños. Por todo lo pasado, tenía aún mayor necesidad de ser madre pues, de esa manera, su vida perduraría en otro ser después de su muerte. Esa idea la hacía sentir la fragancia de la inmortalidad. Luchó hasta conseguir la ansiada gravidez. Era un hijo tan deseado y lo pariría con tantas ganas al mundo que nada de lo que le ofrecía la vida le importaba más. La misma fuerza de voluntad que tuvo para sobrevivir, la empleó después para ser madre. Con el mismo afán y la misma esperanza que puso años atrás en el primer ciclo de quimioterapia para curarse, se dispuso a engendrar y gestar un hijo. Pasó el tiempo y un día acudió a la revisión embarazada de cinco meses. Resplandecía por la hermosura de un cuerpo bellamente deformado por la gravidez. Su plenitud y felicidad

contagiaban a quienes habíamos compartido parte de su vida. Tuve la gran satisfacción de palpar en su vientre la criatura viva mientras la exploraba. Me sentí feliz por palpar vida dentro de un ser en el que un día temí palpar muerte. Llegó el día del parto y alumbró al mundo un hermoso niño que nada más nacer colocó en su flácido vientre y recibió el primer abrazo materno, aquel de cuyos brazos jamás se desprenderá. Acudí a visitarla cuando estaba recién parida. Era media mañana y la luz del sol provocaba una resplandeciente claridad en su habitación, dónde sólo se encontraban ella y su hijo. En ese momento lo tenía en sus brazos dándole de mamar. Me recibió con una sonrisa donde se mezclan tantos sentimientos que son imposibles de desmenuzar. Ante tanta luz, mis ojos brillaron por la emoción. Me acerqué y besé su mejilla. Me mostró a su hijo y no puede reprimir una expresión corriente, pero que en ésta ocasión, con más sentido que nunca, le dije: “Se parece a ti”. Sonrió y levantó entre sus manos al bebé. Su mirada, tan diferente a la de otras ocasiones, me decía que parte de esa criatura también era mía. Salí pronto de la habitación para continuar mi trabajo con otros pacientes y cuando iba por los

pasillos me di cuenta de que estaba llorando como un niño. Pensé que el amor nunca se sacia y que la fuerza de la sangre había unido para siempre a una madre y un hijo. Ahora Rosa, que así se llama la protagonista real de esta historia, vive el día a día feliz en su pueblo viendo crecer a su hijo que, de vez en cuando, se le acerca a su regazo tratando de buscar la placentera seguridad del útero que le dio la vida. Ella, lo ciñe con sus brazos, cierra los ojos y suspira. Es el suspiro de una rosa viva y sana. Es el suspiro de Rosa.



José Miramón López nació en Arriate el 8 de Marzo de 1956. Vivió su infancia entre su pueblo y Madrid para después cursar estudios de Bachiller en Ronda y más tarde estudiar Medicina en la Universidad de Málaga.

Doctor en Medicina y Cirugía por dicha Universidad, se especializó en Medicina Interna y Oncología Médica desarrollando su actividad profesional y docente en la Serranía de Ronda.

Aficionado a la historia , al arte y a la música ha escrito artículos para la prensa, revistas locales y provinciales relacionadas con temas tan diversos como la Batalla de

Trafalgar, la Medicina a través del tiempo , Mozart, Alejandro Magno, el Renacimiento ..etc así como algunos pequeños ensayos.

Ganador del Primer Certamen Literario de Narrativa Corta organizado por el Excmo. Ayuntamiento de Arriate en el año 2007 con el relato, “El Camafeo” y el Primer Certamen Literario “Antonio Sánchez Gómez” organizado por Revista Hola en Ronda 2012 en las modalidades de relato corto con “Carta a un sueño” y artículo periodístico con: “Las matuteras, víctimas de la guerra y del olvido”

Ha impartido conferencias relacionadas con la comunicación entre médico y paciente, y sobre la vida y música de Mozart de quien se considera un ferviente admirador.

Igualmente ha fomentado la afición por la música en el pueblo organizando diversos conciertos de piano y de orquesta en los veranos de la villa.

Iniciado de forma tardía en la escritura ha escrito cuentos de diferentes estilos entre los que destacan: “El Camafeo”, “La cabalgata de los Reyes magos”, “Mi barbero”, “Las botas de Manuelillo”, “La fuerza de la gravedad”, “Mi 18 de Julio”, “Fantasías de un niño en el metro de Madrid”, “La azarosa displicencia de la muerte”, “El escorpión”...etc y una novela de ciencia ficción: “Orgasmina”. En la actualidad está inmerso en su nueva novela : “Mistela”.

Vive en la actualidad en su pueblo con el que se siente comprometido en lo profesional y en lo humano y continúa ejerciendo la medicina oncológica como labor profesional